

## JESUS GALINDO Y VILLA

Nació en México, D. F. el 17 de octubre de 1867, murió en México, D. F., el 13 de agosto de 1937.

Honesto activo y eminente polígrafo. Ocupóse tanto de la geografía de México como de su historia, bibliografía y biografía de sus personajes más salientes. Gran promotor de cultura realizó él mismo intensa y valiosa labor e indujo a otros a realizarla, subrayando cuanto de bueno habían hecho sus contemporáneos o antecesores. Su pequeña figura encerraba un gran corazón, un espíritu caballeroso y pleno de generosidad. Algunos de los temas de que se ocupó como sus Apuntes de Epigrafía, no han vuelto a tener continuadores.

Publicó, entre otras, las siguientes obras: *Elementos de Historia General*; *Introducción al Estudio de la Geografía*; *Geografía de la República Mexicana* (1930); *Geografía Sumaria de la República Mexicana* (1926-27); *Geografía de México* (1923); *Recuerdos de Ultramar*; *Apuntes de Epigrafía Mexicana* (1892); *Apuntes de órdenes clásico y composición de Arquitectura* (1898); *Polvo de Historia* (1923); *Historia Sumaria de la Ciudad de México* (1925); *Plática sobre la Biblia*, numerosos biografías y bibliografías de prominentes personajes de las letras y la historia, entre otros: Clavijero, Paso y Troncoso, etc. Notables son también *El Panteón de San Fernando y el futuro Panteón Nacional* (1908); *La Plaza Mayor de la Ciudad de México* (1914).

De este incansable y fecundo escritor se publicó una "Biografía y bibliografía de Don Jesús Galindo y Villa" en *BSMGE*, T. XLV, 1937, p. 521 y ss. Antes se erfirieron a él: Nicolás León y Juan B. Iguiniz en *Ex libris de Bibliófilos mexicanos*, México, Imp. del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1913 (Sobretiro de *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, 3a. ep. t. 5. p. 65-124); *Biblos. Boletín semanal de información bibliográfica publicado por la Biblioteca Nacional*, 4 v., México, 1919-22, I; en el *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*. Fundado por su actual director: Lic. D. Cecilio A. Robelo, 2 v. México, Imp. del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1912-13, I.

Fuente: Jesús Galindo y Villa. *Historia sumaria de la Ciudad de México*. México, Editorial Cultura, 1925. 258 p. ils. p. 9-31.

### EL VALLE DE MEXICO

La ciudad de México está situada a 2260 metros de altura sobre el nivel del mar, y al Suroeste del amplio Valle de México.

Más bien que Valle, este es una inmensa hoya hidrográfica, rodeada por un alto muro de montañas, y cuya cuenca, comprendiendo en ella todos los puntos que envían sus aguas hacia el fondo, mide poco más de 8,000 kilómetros cuadrados de extensión superficial.

Pertenece el Valle a la Mesa de Anáhuac, que por mucho tiempo y con toda propiedad ha venido llamándosele Mesa Central.

El Valle es cerrado; es decir, que las aguas corrientes no tienen salida, de tal suerte, que desde la época anterior a la llegada de Hernán Cortés (época precortesiana), la Ciudad de México estuvo expuesta a las inundaciones; y sólo hasta los tiempos contemporáneos pudieron terminarse las utilísimas e importantes obras del desagüe del Valle de México, que llegan por el Norte de la hoya, al Río de Tequizquiac; e inauguradas solemnemente el 17 de marzo de 1900.

En ciertos días del año, cuando la atmósfera se encuentra serena y transparente, puede examinarse desde ciertos puntos, y en su conjunto, el gran circuito montañoso del Valle. Hacia el extremo oriental, se levanta cual maciza muralla la robusta Sierra Nevada, con sus dos históricos centinelas que alcanzan a verse desde la ciudad de México: el Iztaccihuatl (La Mujer Blanca) y el Popocatepetl (el Monte que humea), aun cuando éste como volcánico no pertenece propiamente a la cuenca del Valle de México.

Las últimas estribaciones meridionales del Popo, se pierden en el feraz Plan de Amilpas (Estado de Morelos), pero se eslabonan con la elegante Sierra de Ajusco, que corre al mediodía de nuestro Valle, separándolo del pintoresco de Cuernavaca.

El Ajusco se une, a su vez, por el Suroeste con la Sierra de las Cruces, y ésta con Monte Alto y Monte Bajo, que forman el límite occidental del Valle de México.

Termina el anillo orográfico al Noroeste y al Norte, por el Cerro Sincoque, la Sierra de Tezontlalpan, el Cerro de Jalpan, y, sobre todo, por la riquísima sierra metalífera de Pachuca, que tiene las entrañas de plata, y cuyas famosas minas tanto han producido.

Cierra el horizonte de la Metrópoli, al Norte, una península continental, que se interna en el Valle de México, según frase de nuestro geólogo Bárcena, uniéndose al sistema orográfico general de la hoya, en el puerto de Barrientos, que la ciencia ha perforado para dar paso al ferrocarril. Dista apenas de la

gran ciudad 6 kilómetros: es la Sierra de Guadalupe, famosa por su Cerrito del Tepeyac o Tepeyácac ("cerro con nariz": cerro saliente de la cordillera o "en la punta o principio de los cerros", dice un autor), apenas de 40 metros de altura, pero el más notable de todos los de esta Sierra, primeramente porque allí se tributó un sangriento culto gentilico al ídolo de la Tonántzin ("Nuestra Madre", entre los antiguos mexicanos), y ahora se levanta a sus pies la Basílica Nacional de la Virgen de Guadalupe, que ha dado celebridad al Tepeyac.

Por aquí y por acullá, emergen sobre el piso general del Valle de México, sierras aisladas, como la volcánica de Santa Catarina; y cerros aislados también, algunos de los cuales tienen muy sabrosas leyendas, como el del Peñón de los Baños, y el Citlaltépec (Cerro de la Estrella) o de Itztapalapan ("en el agua de las piedras, itztapalli", dice nuestro eminente mexicanista don Cecilio A. Robelo), donde los mexicanos celebraban cada 52 años una notable ceremonia conocida por la Renovación del Fuego Nuevo, que describe un interesantísimo documento náhuatl llamado *Códice Borbónico*, y que se conserva en la Biblioteca del Palacio Legislativo de París (antiguo Palais Bourbon).

La más solemne de todas nuestras montañas, aunque propiamente —como ya se dijo— no corresponde al circuito del Valle de México, es el viejo volcán Popocatepetl, por más que no sea ni el más alto de la República (tiene 5454 metros de altura sobre el nivel del mar, según el geólogo don Ezequiel Ordóñez), disputándole el primer puesto el Pico de Orizaba (5594 metros de altitud), ni el más formidable por sus erupciones. Pero es el centinela avanzado entre los Valles de México y de Puebla; el testigo imponente y mudo de cómo cayó Tenochtitlan en poder de los conquistadores iberos. Los indios le dieron aquel nombre náhuatl, conservado hasta la fecha, que quiere decir "Monte o cerro que humea" (de popoca, humeante, tépetl, cerro o monte); si bien la cumbre de la montaña perdió por largos años su penacho de humo, que en los corrientes tiempos ha recobrado.

Eleva el Popocatepetl su cono magnífico a 88 kilómetros al Oriente de la Ciudad de México, desde la cual solamente se distingue en toda su plenitud con sus perpetuas nieves, en determinadas épocas del año, generalmente en el invierno; porque durante el resto, lo oculta un velo de nubes.

El gigantesco circo de su profundo cráter, coronado por una cresta de rocas, es elíptico, a manera de un "cilindro hueco", según la expresión del viajero Leverrier; calculándose en 880

metros la longitud del mayor de sus ejes, en 750 metros la del menor, y entre 250 y 300 la profundidad de esta boca colosal.

Cuando los españoles llegaron al Valle de México, parece que humeaba el Popo. Cuenta una noticia no confirmada, que en 1519 Diego de Ordaz, uno de los capitanes de Cortés, se atrevió a subir hasta el cráter para recoger azufre, indispensable en la fabricación de la pólvora; mas sí parece verídico que el ilustre historiador Fray Bernardino de Sahagún estuvo en la cumbre misma del volcán.

Un collado separa el Popocatépetl de su hermano el Iztaccíhuatl: por ese collado, los fieros conquistadores que capitaneaba Hernán Cortés, admiraron el Valle de México, sus dilatadas lagunas, y la posición que ocupaba Tenochtitlan.

Hermoso volcán apagado es también el Iztaccíhuatl, su vasta y larga cima está cubierta de perpetuas nieves, a manera de blanco sudario sobre un cuerpo humano tendido encima de la montaña inmensa. Por eso los mexicanos en su pintoresco lenguaje, le dieron ese nombre: Iztaccíhuatl, la "Mujer Blanca" (de íztac, blanco, y cíhuatl, mujer). Es la tercera cumbre de nuestra Patria: su altura sobre el nivel del mar se calcula en 5386 metros, y forma parte integrante de la Sierra Nevada, que termina al Norte por las eminencias de Tilapón y del Tláloc. Los indios vieron salir humo y cenizas de su viejo cráter, el cual quedó cubierto por las nieves que se han apoderado de la cima.

Iztaccíhuatl, como una de las diosas de los antiguos mexicanos, tenía templos en distintos lugares, y principalmente en una cueva de este volcán que lleva su nombre. La imagen del numen era de palo, vestida de azul; le ofrecían el sacrificio de una esclava vestida de verde, ceñida la frente con una especie de tira blanca, para significar que la montaña está verde en sus bosques, pero su cima es blanca como las nieves que la rematan.

Existe en nuestro Museo Nacional de Arqueología la copia de uno de los fragmentos de una pintura indígena, que perteneció a una famosa colección, de un no menos famoso caballero italiano, que estuvo en México en 1736, y que se llamó don Lorenzo Boturini Benaduci. Esa pintura es ya de los tiempos en que los españoles habían realizado la conquista de nuestra patria, y en tal documento registraron los indios las condiciones generales topográficas de las comarcas situadas al Oriente y al Poniente de la Sierra Nevada, destacándose con toda claridad, el monte que arroja humo, el Popocatépetl, y, a su lado,

el Iztaccíhuatl; siguiendo la cordillera para el Norte hasta la serranía de Tláloc. Al Occidente de los montes está el jeroglífico de México rodeado de agua: en la isla un indio, y fuera un español.

Es el Ajusco una serranía que gallardamente cierra por el Sur al Valle de México: sus crestas, siempre visibles desde la capital de la República, son los más elevados del Distrito Federal (3,900 metros sobre el nivel del mar). Algunos traducen la palabra Azochco, de la cual es corrupción Ajusco, por "lugar de ranillas", o "floresta en el agua"; pero yo me atengo a la etimología dada por el sabio Robelo, que considero más acertada: viene el vocablo de Azochtli, compuesto de atl, agua, y probablemente de zóchtli, brotante; la partícula co significa en, y el todo dirá: "En el agua que brota".

Un cráter del Ajusco produjo derrames de lava, cuando ya el hombre habitaba el Valle de México. Esa formación ígnea se conoce por el nombre de Pedregal de San Angel, al SO. de la ciudad de México. Bajo sus lavas de basalto se han encontrado en distintas épocas (en 1917 la más reciente) osamentas humanas y restos de cerámica tosca. Numerosos edificios de la capital se han construido con la magnífica piedra que se extrae de las Canteras del Pedregal; y por muchos años se empleó ese material para el empedrado y el enlosado de las calles de nuestra gran ciudad.

El elevado cerro Tláloc, extremidad Norte de la Sierra Nevada, es histórica y particularmente notable. Alza su mole al SE. de la célebre ciudad de Tetzaco; y debe, el cerro, su fama, a uno de los principales y más conocidos númenes del Olimpo mexicano; Tláloc, el dios de las aguas, pero de las aguas del cielo, como dice Robelo, a diferencia de Chalchiuhicueye, que es la diosa de las aguas de la tierra, esto es, de los mares, ríos, lagos y fuentes. El mismo historiógrafo nos enseña que Tláloc quiere decir etimológicamente, "el vino de la tierra", o sea lo que bebe la tierra, la lluvia (de tlálli, tierra y óctli, vino, licor). Tláloc es la lluvia divinizada; y como ilustración de esta clase de conocimientos instructivos y amenos, me extenderé un tanto sobre el particular.

Se dijo antes cómo los antiguos mexicanos rendían culto a los montes: y lo hacían en el mes, de su calendario, llamado Tepe-ilhuítl: en el Valle de México, tributábanlo al Popocatepetl, al Iztaccíhuatl, y en este caso particularmente al Tláloc, cuya divinidad tenía en la cumbre del cerro de su nombre su santuario principal; como también lo poseía en la plataforma

del Gran Templo (o Teo-cállli) de la ciudad de México, igualmente consagrado al feroz Huitzil-opóch-tli.

Como, en general, no podía ser visto el rostro de los dioses, a Tláloc se le cubría con su máscara sagrada perfectamente caracterizada por los siguientes detalles: espejuelos redondos; larga nariguera, y dientes largos también.

En el cerro Tláloc se erguía la imagen del numen, de tal suerte, que pudiera verse desde gran distancia. Muchos años hace que se encuentra tirada al pie de la montaña, en el fondo de una cañada, una estatua colosal labrada en piedra, que mide 7 metros de longitud de 3 metros 80 de anchura y 1 metro 50 de espesor. Nuestros arqueólogos la han examinado y estudiado; y se supone que tal vez represente a Chalchiuhtlicue. Se conoce también a esta enorme estatua con el nombre de Monolito de Coatlinchan, población cercana a Tetzaco.

Pequeña eminencia enteramente aislada en el fondo del Valle y como a seis kilómetros al Oriente de la Capital, en el Peñón de los Baños. Antaño, la rodeaban las aguas del lago: hoy emerge en medio de árido llano. Se le apellida de los Baños, tanto por hallarse en su falda un balneario de aguas termales, como para distinguirlo del Peñón Viejo o del Marqués, y que fue propiedad de Hernán Cortés (marqués del Valle de Oaxaca). Son estos dos Peñones de formación reciente, posteriores a la aparición del hombre en el Valle de México; según se demuestra por parte de los maxilares superior e inferior, con los dientes correspondientes, y una porción de los huesos de la nariz, y otros encontrados hace tiempo en las rocas del Peñón de los Baños (es el pretendido Hombre geológico de México o del Peñón, y cuyos restos se exhiben en el Departamento de Antropología Física del Museo Nacional de Arqueología).

Las aguas termales del Peñón de los Baños son conocidas desde época inmemorial. Cuando llegó la tribu errante de los antiguos mexicanos a arraigarse en el corazón de la Mesa de Anáhuac, quizá ya existían aquellas fuentes: los aborígenes denominaron a este Peñón (nombre castellano impuesto por los españoles) Tepetzinco (tépetl quiere decir cerro; tzintli es expresión de diminutivo; co, en; y el todo significa: "En el cerrito", según la autoridad de Robelo).

La mayoría de los historiadores de Indias hacen mención del cerrillo y de sus manantiales (fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*, tomo I, capítulo IV; don Manuel Orozco y Berra, *Historia Antigua y de la Conquista de México*,

tomo III; el documento llamado *Códice Ramírez*); y de la leyenda que la imaginación de los indios mexicanos forjó para explicarse el origen de los calientes veneros de agua mineral que brota al pie del cerro, aguas que la terapéutica emplea para estimular la transpiración de la piel, en el tratamiento de las afecciones reumáticas.

Oigamos ahora a los cronistas:

Llegados los aztecas —dicen— al Cerro del Chapulín (Chapultepec) se instalaron en él al cabo de grandes penalidades; y, posteriormente, una bruja o hechicera a quien el numen patrono de los mexicanos, Huitzilopóchtli, había dejado desamparada, tuvo un hijo a quien puso por nombre Cópil (Cóhuil, según el historiador Tezozomoc), a quien llegado al uso de la razón, contó el agravio que había recibido del dios; Cópil prometió vengar a su madre, y teniendo noticia de que los guerreros mexicanos ocupaban Chapultepec, comenzó a tratar con las demás naciones comarcanas el medio de destruir a aquéllos, a quiénes juzgaba como a hombres perniciosos, tiranos y de perversas costumbres. Arrastrados los pueblos por esas prédicas, prometieron el exterminio de los mexicanos; y Cópil subióse presto al cerrillo Tepetzinco junto a la laguna, atalayando su venganza, como expresa la leyenda. A su vez, indignado Huitzilopóchtli, ordenó el aniquilamiento del audaz Cópil. Involado éste en el mismo Tepetzinco, dispuso el dios que uno de los sacerdotes entrara en la laguna y arrojara el corazón del infeliz mancebo en medio de un cañaveral que allí existía. Hízse así: del corazón nació el nopal donde después se posó el águila o ave que hubo de marcar a los mexicanos el sitio en el que deberían edificar Tenochtitlan; y en el sitio donde Cópil murió brotaron luego las termales fuentes de Tepetzinco. Desde ese día se llamó a este lugar Acopilco, que significa “lugar de las aguas de Cópil”.

Situada a 12 kilómetros al SE. de la capital, es muy notable otra cefebre e histórica eminencia, que pertenece al grupo de las aisladas en el Valle: se le da el nombre común y popular de Cerro de la Estrella (Citlaltépetl, dijeron los mexicanos) o de Itzapalapan; habiéndosele conocido en la gentilidad por cerro de Huixáchtlan o “lugar donde abunda el huizache (árbol del grupo de las Leguminosas-Mimóseas, por lo cual viene pintado en otros Códices con sus legumbres características, y cubierto de espinas como en el *Códice Mendocino*, lámina 27, número 2, según lo recuerda Del Paso y Troncoso, ilustre arqueólogo mexicano). El Cerro de Itzapalapan sobresale unos 200 me-

tros del piso general de nuestro Valle: en su cumbre, mandó Moctezuma Xocoyotzin erigir un templo con el nombre de Ayauhcalli (ayáhuil es niebla, y cállli, casa), para celebrar el año 1507, la famosísima fiesta ritual cíclica de la Renovación del Fuego nuevo. Al terminar cada período cíclico de 52 años, era de ver cómo los antiguos mexicanos se preparaban para aquella festividad, a fin de obtener de los dioses el favor de otros 52 años más de vida. Consagrábase todo el ritual a Huitzilopóchtli, y al culminar en el firmamento las Pléyades, se encendía el Fuego nuevo frotando dos maderos sobre el Cerro de la Estrella, como lo hizo el numen Tezcatlipoca según la tradición.

El fondo del Valle se colmó de lagos en otro tiempo: hoy han desaparecido. En el medio geográfico que rápidamente se ha bosquejado, hubo de desenvolverse la vida de un pueblo, que en una isla del Anáhuac fundó una ciudad memorable que había de ser cabeza de un gran cacicazgo indígena, conocido en la Historia bajo el nombre de Imperio Mexicano.

#### *Los lagos y sus islas.*

Cerrada la cuenca de México por su anillo de montañas, y dado el alto nivel del terreno donde se encuentran los portillos del Nordeste, hacia donde podría haber tenido nuestro Valle su salida hidrográfica, las aguas de los ríos que bajan de las vertientes, realizaron, primeramente, un proceso geológico a través de los siglos: rellenaron el fondo del Valle con el producto del desgaste de las rocas, formando así las espesas capas sedimentarias, del Período Cuaternario; y, en segundo lugar, originaron los extensos lagos de poca profundidad, con las aguas represadas que, desde Zumpango (el primitivo Tzompanco) hasta Tetzoco, fueron por numerosísimos años la mayor de las calamidades para la capital, por el constante amago de las inundaciones.

Las aguas de los ríos que descienden de las montañas orientales del Valle de México (Sierra Nevada) pronto son absorbidas por el suelo poroso de esa región, y nunca temió nada de ellos la ciudad de México; mientras que los ríos del Occidente, sobre todo los que se forman en el Monte de las Cruces, constituyeron la sempiterna pesadilla de nuestros antepasados; y aún en los tiempos contemporáneos no dejó de serla,

hasta la realización total del Desagüe del Valle, y las obras complementarias del saneamiento de la capital.

Así, el Río de Cuauhtitlán, el más septentrional y el de mayor importancia de nuestra gran cuenca, era el más temible, también: cuando crecía el volumen de sus aguas en tiempo de lluvias, formaba en el Río de las Avenidas de Pachuca, el Lago de Zumpango, situado al Norte del Valle; cuando rebosaban sus aguas, engendrábese, a su vez, el Lago de Xaltócan, y este depósito originaba el Lago de San Cristóbal: todos ellos derramaban en el extinto Lago de Tetzco, el más bajo de todos los citados, pero más elevado que la ciudad de México; tal era la causa de las inundaciones desde la época de los antiguos mexicanos.

Los dos lagos meridionales el de Xochimilco y el de Chalco, tenían su cuenca particular, separada de la del Tetzco por la Sierrita volcánica de Santa Catarina.

Fundada Tenochtitlan en medio de la gran Laguna, fue preciso contener las aguas que venían por el Oriente, por medio de diques o albarradones, famosos en nuestra historia local. El vaso hidrográfico de Zumpango quedó dividido en dos lagunas: la del levante, que llamaron de Citlaltépetl, y la del ocaso, que denominaron de Coyotépetl.

El notable cacique acúlhua Nezahualcoyotl, que residía en su corte de Tetzco, dio el consejo de construir un dique de 16 kilómetros de largo, desde Atzacualco hasta Itztapalapan, para defender a la capital, quedando así dividida la vasta laguna en dos: la del Oriente, de aguas saladas, que siguió llamándose Lago de Tetzco, y la Occidental, cuyas aguas rodeaban a la Metrópoli, y se denominó Lago de México, cuyas aguas se volvieron dulces.

Ya en los tiempos coloniales, el año 1555, bajo el sabio gobierno del Virrey don Luis de Velasco, el primero de este nombre, como se hubiera descuidado el albarradón de Nezahualcóyotl, ordenó las construcciones de otro curvo, más cercano a México; e hizose la obra con tal premura que en unos cuantos meses quedó concluida.

La retención de las aguas de Tetzco y los azolves de la parte Occidental de la ciudad produjeron en 1607 la total desecación del Lago de México, quedando convertidos sus terrenos en ciénegas o en potreros, y ahora cubiertos por el prodigioso y bello ensancho de la capital: es el México de nuestros días.

El Lago de Tetzco, de unas 23,000 hectáreas, de forma elíptica irregular, está hoy enteramente seco: es un pequeño

Sahara que ha descubierto su fondo de escasa profundidad, como se dijo. Este vaso, al quedar sin agua, dejó también sin sus pequeñas industrias a varios pueblos ribereños que de ellas se alimentaban. Cazábase en él, efectivamente, el pato, en determinadas épocas del año; abundaba en el lago un mosco (cuyo nombre científico es *Coryza mercenaria*), que es hemíptero cuyos huevecillos forman el producto alimenticio llamado ahuautili (o aguaucle, como vulgarmente se le dice), y que citan los autores, entre ellos los historiadores Clavijero y Orozco y Berra. Asimismo, producía el Lago copiosamente la eflorescencia salina conocida por su nombre mexicano tequesquite.

Sería impropio de estas breves páginas hablar de las interesantes cuestiones referentes a si la desecación del Lago de Tetzaco ha sido o no perjudicial a la salubridad de la capital de la República; y entrar en explicaciones sobre las nubes de polvo (tolvaneras) que antes de iniciarse el período franco de las lluvias estivales, se observan con relativa frecuencia al Oriente del Valle de México: nubes densas y amarillentas que, levantándose del seco fondo del lago, envuelven a nuestra ciudad durante una o dos horas, semejantes a la bruma que se abate sobre las poblaciones inglesas de las orillas del Támesis, opacando notablemente la luz del día y limitando su radio de visibilidad; como con notable atingencia lo hace observar el distinguido meteorologista mexicano, el profesor don Elpidio López. La Secretaría de Fomento ha emprendido desde hace muchos años, varias obras para el aprovechamiento de las tierras del Tetzaco; pero esa suerte de trabajos requiere vigoroso impulso y dilatados años.

En medio de la cuenca de algunos de nuestros viejos lagos, emergían islas más o menos importantes. Asomaban dos sobre las aguas del que fue Lago de San Cristóbal, y se llamaban: una, Xaltocan, y Tonatitla la segunda. Al Norte del Chalco, a manera de península, se contaba una islilla, la de Tlapacoyan, y al Sur, la de Xico o Xictli.

Pero nunca igualaron esas islas ni en importancia ni fama, a las de México y de Tlatelolco.

Los ensayos de reconstrucción de Tenochtitlan que diferentes arqueólogos y hombres de ciencia han logrado, no son tan precisos como el interesantísimo estudio histórico-topográfico del Ingeniero Civil y Arquitecto don Manuel Francisco Álvarez, y que constan en su Plano de la Ciudad y Lago de México, de 1325 a 1909, según los datos más comprobados. Resumi-

ré con brevedad las noticias que tan estudioso profesionalista nos proporciona.

Cuando la época hacia la cual, más o menos, se supone la fundación de Tenochtitlan (asentamos el año 1325 sólo para partir de una data) corrían las aguas por el Norte de la Isla de México, muy cercanas al actual barrio de Santa Catarina Mártir, cubriendo a todo el de Peralvillo; pasando, al Oriente, por la Plaza del Carmen, y llegando el Lago hasta la Plaza de San Sebastián, poco al levante de la Traza española de 1521. Por el Sur, mucho avanzaban las aguas, tocando las antiguas calles de la Acequia (hoy de la Corregidora) cuyo nombre no debieron perder; el costado meridional del sitio donde estuvieron las Casas Viejas de Moteczuma (en el mismo que ocupa el histórico Palacio Virreinal, hoy Nacional); y calles de Tlapaleros y del Refugio (actuales dos últimos tramos de la Avenida del 16 de Septiembre). Hacia el Oeste, finalmente alcanzaba el Lago hasta donde ahora se encuentran los Palacios de Minería (Escuela Nacional de Ingenieros) y de Comunicaciones y Obras Públicas.

En resumen: dentro de esta isla de límites relativamente estrechos en comparación con la gran superficie que ahora tiene la Metrópoli, cupo la ciudad primitiva, la indígena, la conocida por Hernán Cortés y sus capitanes; y dentro de aquella también se constituyó el casco de la ciudad española, que no se ensanchó demasiado, en realidad, sino hasta nuestros tiempos; como lo demuestra la situación de las antiguas garitas y la Zanja del Resguardo fiscal (que ya desapareció).

Dos caminos principales llevaban de la Isla Tenochtitlan a la tierra firme: el primero, grandemente histórico, era la bien conocida Calzada de Tlacopan, cuya ciudad de este último nombre era cabeza de los Tepanecas, tribu de filiación náhua. El segundo camino, que conducía a Coyohuacán (Coyoacán) y a Itztapalapan, era la gran calzada por la cual entraron los audaces iberos, con el Conquistador al frente, el memorable año 1519; y en uno de cuyos puntos, el de Huitzillan, donde hoy está el Hospital de Jesús fundado por Cortés, contemplaron por vez primera los españoles, la extraña y señorial figura del último de los Moteczumas.

La Isla de Tlatelolco al Norte de la anterior, y más reducida en dimensiones, comunicaba, a su vez en 1338, según el Plano del ingeniero Alvarez, con tierra firme, por tres partes: la primera al Septentrión, era la calzada del Tepeyacac (que hoy parte desde Peralvillo); las otras dos se hallaban al N.N.W.

de esa Isla: una, la actual Calzada de Vallejo, y la segunda, es la de Nonoalco; ambas se dirigen hacia el Occidente. Los famosos bergantines de Pedro de Alvarado operaban, durante el cerco de México en 1521, precisamente por esos rumbos, junto a la Isla Tlatetolco; y los de Gonzalo de Sandoval por el Oriente.

El sitio mismo ocupado por la que en nuestros tiempos fue Garita de Vallejo (las garitas quedaron suprimidas como oficinas del derecho de portazgo llamado alcabala, en 10. de julio de 1896), era un islote; como islotes eran también (Plano del señor Alvarez), el de San Lázaro (al Este), el de Zoquípan y de Tultenco (al S.E.)

En el croquis de México-Tenochtitlan publicado por Orozco y Berra, forman en realidad, Méxice y Tlatelolco, un todo de una misma isla, aunque separadas entre sí estas dos porciones o fracciones por verdaderos canales. El conjunto de esta isla, es irregular, más larga de Norte a Sur, y ligada a la tierra firme: al Norte, por la citada calzada de Tepeyácac; al Oeste, por la calzada de Tlacopan; al Sur, por la calzada de Itzta-palapan que en el Fuerte de Xóloc se bifurcaba.

Este Xóloc, que es muy citado en las historias que a nuestro México antiguo atañen, será más bien Xoloco, según Robelo (Diccionario de Aztequismos), refiriéndose a dicho lugar, que en tiempos de la gentilidad se encontraba en un punto de la actual Calzada de San Antonio Abad, cercano a la Isla de Tenochtitlan; descomponiéndose el nombre mexicano de la siguiente manera: Xólotl, nombre de un personaje mitológico; co, en: "En donde está Xólotl". Por su parte, Hernán Cortés mencionó el Fuerte en sus *Cartas de Relación a Carlos V*, diciendo que tenía "dos torres, cercado de muros de dos estados con su pretil, alineado por toda la cerca, y no tiene más de dos puertas, una por do entran y otra por do salen".

Al correr de los años, acabamos de decirlo, todo el fondo del Valle se ha transformado geológicamente: ya no existen los lagos; México no se asienta más sobre una isla ni Tlatelolco tampoco: acequias, canales y zanjas que tanto caracterizaron a la ciudad de los Náhuas, lo mismo que a la ciudad colonial, fueron desapareciendo al impulso de las necesidades urbanas; y hoy, de todo eso, no queda sino el recuerdo que en estas cortas páginas tratamos de revivir.